



La figura del hombre a través de la arqueología: De las cuevas al presente



Adriana Macías Madero

Egresada de la Unidad Académica de Antropología y del Doctorado en Historia

¿Cómo ha cambiado el rol del hombre a lo largo de la historia? Al observar las representaciones modernas de la masculinidad —el hombre de negocios, el padre cuidador o el “macho” tradicional— es fácil asumir que estos roles son inmutables o están fijados por la biología. Sin embargo, la realidad es mucho más compleja. Los roles de género, incluido el masculino, no son estáticos; son construcciones sociales, económicas y culturales que han mutado drásticamente a lo largo de miles de años, adaptándose a las necesidades de cada sociedad y sus tiempos.

Este texto se embarca en un viaje de reconstrucción histórica utilizando una lente crucial: la arqueología. Desde la sencillez de los enterramientos paleolíticos hasta la complejidad de los códigos prehispánicos, nuestra meta es desentrañar la evolución de la figura del hombre como protector, proveedor y figura clave en la estructura familiar. Exploraremos la evidencia material (pinturas rupestres, ajuares funerarios, esculturas y documentos escritos) para contrastar el papel del hombre a través de diversas culturas y épocas. Abordaremos ejemplos de contextos globales (Mesopotamia, Roma), americanos y, particularmente, mexicanos, demostrando que el concepto de masculinidad es un mosaico histórico que continúa evolucionando hasta el presente.

Los Primeros Roles: Prehistoria y sociedades de cazadores-recolectores

La historia de la figura masculina comienza en un mundo sin ciudades, sin escritura y sin agricultura. En las vastas y móviles sociedades del Paleolítico, la supervivencia dependía de una cooperación rigurosa y de una clara, aunque flexible, división del trabajo. Es a través del registro material que podemos vislumbrar las primeras asignaciones de roles.

Los entierros nos ofrecen una ventana directa a las identidades sociales de la Prehistoria. La presencia de ajuar funerario junto a los restos sugiere un reconocimiento social de los roles o estatus del individuo. Numerosas tumbas identificadas como masculinas, a lo largo de miles de años, contienen puntas de lanza, cuchillos de sílex, hachas de mano o propulsores (átlatl), que son herramientas especializadas para la caza mayor. Esta asociación de artefactos con el cuerpo masculino es un fuerte indicio de que la caza y las habilidades técnicas de supervivencia eran roles específicos asignados o esperados, aunque no exclusivos.

El arte rupestre refuerza esta interpretación visualmente.

En cuevas de Eurasia y América (como Lascaux o la Sierra de San Francisco en Baja California, México), las pinturas muestran frecuentemente figuras masculinas (a menudo representadas con mayor detalle o dinamismo) en el centro de escenas de cacería grupal o en representaciones de confrontaciones que podrían interpretarse como guerra o defensa territorial. Estas imágenes documentan actividades cruciales para la subsistencia y sugieren quiénes eran los ejecutores principales de dichas tareas.

El Surgimiento de la Agricultura y el Patriarcado

Mientras que en el Paleolítico y el Neolítico temprano predominaban las figurillas femeninas (como la Venus de Willendorf o las de Çatalhöyük, Turquía), asociadas a la fertilidad y el ciclo de la vida, el desarrollo de la agricultura trae consigo la paulatina aparición de figuras que resaltan el poder y el liderazgo masculino:

En sitios como la cuenca de Mesopotamia y la región del Creciente Fértil, encontramos representaciones masculinas en posturas de mando, oración o guerra. Estas imágenes ya no solo muestran a un cazador, sino a un jefe, un guerrero o un sacerdote, lo que refleja la nueva jerarquía social asociada al control de la tierra y los recursos.

La construcción de las primeras estructuras monumentales también enfatiza el poder. Las estelas funerarias y las esculturas de gobernantes del Periodo Dinástico Temprano de Sumeria (aprox. 2900 a.C.) son ejemplos claros de cómo el hombre pasa a ser el sujeto principal de la representación política y religiosa.

La Invención de la Escritura y la Ley Patrilineal

La consolidación del patriarcado como sistema de herencia y propiedad se vuelve innegable con la invención de la escritura, que ofrece los primeros documentos legales. El Código de Hammurabi (descubierto en Susa, Irán, por Jacques de Morgan a principios del siglo XX) es el ejemplo más famoso. Este documento, datado alrededor del 1750 a.C., consagra la herencia patrilineal y la autoridad absoluta del hombre (pater familias) sobre su esposa, hijos y esclavos. El hombre no solo es el proveedor de alimentos, sino el propietario legal de la tierra y del linaje.

En Egipto, los registros de la Dinastía I en adelante muestran un sistema donde, aunque la mujer tenía derechos legales inusuales para la época, la autoridad faraónica, sacerdotal

y militar era exclusiva o predominantemente masculina, con las excepciones como la de Hatshepsut siendo notables por su rareza.

El patriarcado se define como un sistema social en el que los hombres ostentan el poder primario y predominan en roles de liderazgo político, autoridad moral, privilegio social y control de la propiedad. La tierra cultivable se convirtió en el activo más valioso, y la preocupación por quién la heredaría (y la mano de obra para trabajarla) se volvió central. El hombre se consolida como cabeza de familia y propietario porque la agricultura le otorga el poder de: a) controlar la Producción: Al ser el responsable de asegurar la cosecha y defender la tierra y b) controlar la Herencia: Al establecer una línea de sucesión clara para mantener la propiedad dentro del linaje masculino.

De esta manera, el rol de “proveedor” se transformó de una función de subsistencia compartida a un mecanismo de poder y dominación social y legal. Con el surgimiento de las ciudades-Estado y los imperios, el rol del hombre se separó aún más de la subsistencia directa, trasladándose al ámbito del control político, legal y militar. Los nuevos roles masculinos no solo implicaban proveer, sino también legislar y gobernar.

En el mundo grecorromano, la identidad masculina se definía por su participación en la esfera pública, un privilegio que consolidó la figura del hombre libre como ciudadano. Las esculturas son el registro arqueológico más claro. Mientras que la escultura griega idealizaba la figura masculina (el atleta, el héroe), las estatuas romanas (como los bustos de emperadores o las estatuas togadas) enfatizan el realismo y el estatus político o militar. Estos hallazgos, dispersos por todo el Imperio (desde el Coliseo hasta Bath), son la manifestación material de la gloria y el poder masculino.

Mientras que, en las civilizaciones de Mesoamérica, el poder masculino estaba intrínsecamente ligado a la cosmovisión, la guerra ritual y la estructura religiosa. La figura masculina central era el gobernante (el tlatoani azteca o el k'uhul ajaw maya), que era al mismo tiempo jefe político y figura semidivina. Los roles masculinos clave eran el de guerrero (esencial para la expansión y obtención de tributos/cautivos) y sacerdote (encargado de interpretar el cosmos y realizar sacrificios).

Los grandes sitios arqueológicos de México, como Teotihuacán, Tenochtitlán (bajo el actual Templo Mayor) o Chichén Itzá, son monumentos al poder masculino. Las esculturas colosales de deidades como Tláloc (dios de la lluvia y la guerra) y Quetzalcóatl (dios de la vida y el conocimiento) demuestran su papel central en el panteón.

La Configuración del Machismo y la Edad Moderna

El poder masculino, ya establecido legal y políticamente por las grandes civilizaciones, se solidificó y adquirió un carácter ideológico y moral durante la Edad Media y la Edad Moderna,

cristalizando en lo que hoy definimos como machismo. Está ligado a un ideal de masculinidad tóxica que impone la fuerza, la jerarquía y la negación de la vulnerabilidad como requisitos esenciales del ser hombre.

Este ideal se arraigó y formalizó en la cultura occidental a partir de la Edad Media. Dado que este periodo está inundado de documentos escritos, la evidencia arqueológica se enfoca más en el arte y los artefactos que reflejan y perpetúan estos roles.

Las novelas de caballería o las crónicas medievales idealizaron al hombre como guerrero valiente y protector, cuya función era servir a Dios, al rey y a su “dama”, una figura pasiva y casta. Por su parte, la pintura y la escultura de la Edad Moderna (hallazgos presentes en museos y colecciones de todo el mundo) ilustran escenas bíblicas o cortesanas que enfatizan la piedad, la sobriedad y la autoridad del hombre, contrastando con la representación de la mujer en un rol de reclusión doméstica y devoción.

El machismo se convirtió en un pilar fundamental de la colonización europea (siglos XV-XVIII), influyendo profundamente en la cultura latinoamericana y mexicana. Los documentos de la Inquisición, los testamentos y las leyes coloniales (hallazgos custodiados en archivos como el Archivo General de la Nación en México) demuestran la imposición del sistema legal y moral castellano, que era profundamente patriarcal.

El concepto de “honor” familiar se ligó a la pureza sexual femenina, haciendo al hombre el vigilante y “dueño” de ese honor, un elemento central de la cultura machista mexicana. De esta manera, la ideología de superioridad masculina, reforzada por la religión y la ley europea, fue implantada en el nuevo continente, mezclándose con las jerarquías prehispánicas para dar forma a una cultura del machismo particular en la Nueva España (México).

Un Viaje al Presente: Deconstruyendo el Machismo

La historia no es un mero recuento de antigüedades; es una herramienta para comprender el presente. La ideología del machismo, arraigada en la Edad Media y exportada a culturas como la mexicana a través de la colonización (reflejada en los documentos coloniales), es la herencia de esta larga trayectoria de consolidación del poder masculino.

Comprender la fluidez histórica de los roles de género es vital para deconstruir estereotipos y mitos modernos sobre la masculinidad. La arqueología nos enseña que el hombre no está biológicamente predeterminado a ser el único proveedor, el guerrero incuestionable o el jefe irrefutable.

La invitación final es a la reflexión: Si el rol del hombre ha cambiado tan drásticamente desde las cuevas hasta la época actual, ¿qué nuevas formas de masculinidad equitativa y completa podemos construir hoy? La comprensión de nuestro pasado es el primer paso para forjar un futuro más justo en la distribución de roles y responsabilidades.